

volver a situarnos críticamente ante nuestro presente y comprenderlo a partir de problemas comunes y familiares que atraviesan lenguajes y prácticas diversas. Sin embargo, me quedo con la pregunta de si la nueva ilustración radical que nos propone Garcés, que no es de nadie sino de todas las culturas, puede realmente extrapolarse a todos los rincones, tanto urbanos como rurales, de este mundo y de este presente en el que habitamos. Tal vez estas dudas podrán resolverse en la práctica cotidiana de la nueva ilustración radical y en nuevas publicaciones de la autora. Recordemos que este ensayo es “un avance de trabajos por venir”. Invito a que todo lector se sume a esta nueva ilustración radical, imaginada por Garcés como “una tarea de tejedoras insumisas, incrédulas y confiadas a la vez. No os creemos, somos capaces de decir, mientras desde muchos lugares rehacemos los hilos del tiempo y del mundo con herramientas afinadas e inagotables”.

Mario Perniola, *Filosofía sexualis. Escritos sobre Georges Bataille*, Ciudad de México, Ediciones Navarra, 2018, 172 pp.

Gudelia Espejo López*

A menudo me pregunto, ¿cómo un libro puede ser de interés para un mayor número de personas?, ¿desde dónde leemos y desde dónde hablamos de un libro?, ¿cómo un libro nos remite a otro o nos recuerda lo leído en otro libro? Hace tiempo no encontraba un libro que abriera mis archivos e hiciera caer de mi librero varios ejemplares. Por ejemplo, *La filosofía de la historia* de Friedrich Hegel; *La sociedad del espectáculo* de Guy Debord; el *Tratado del saber vivir para el uso de las jóvenes*

* Mtra. en Filosofía por la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Profesora de tiempo completo en el Instituto de Educación Media Superior del Distrito Federal. Contacto: gudespejo@hotmail.com

generaciones de Roul Vaneigem; *Cuadernos II* de Albert Camus; *Mil mesetas y Crítica y clínica*, de Gilles Deleuze. Temí perderlo todo, pero encontré mucho más.

Bien dicen que al leer nos leemos, pues encontré el tesoro en mi memoria: la imagen de cómo en medio de una majestuosa lluvia en la sierra Juárez de Oaxaca, leí por primera vez el libro *La literatura y el mal* de Georges Bataille. Especialmente quedé impactada por sus aportaciones sobre Emilie Brönte y Franz Kafka, y a la vez un relámpago encendió la luz del camino para escribir mi tesis de licenciatura.

Así, en su obra, el filósofo italiano Mario Perniola presenta tres ensayos sobre Georges Bataille. En el primero titulado, “Sexualidad inorgánica y sentir astral”, nos encontramos el mapa de términos con los que va a permitir al lector caminar por los callejones del pensamiento del autor de la *Historia del ojo*. Por ejemplo, Perniola habla del “ojo pineal”, ciego de resplandor, semejante al ano, y por ello “ano solar”, donde su importancia radica en ser un órgano sexual extremadamente sensible, ubicado en la parte superior del cráneo para con ello ir más allá de la diferencia de los sexos y estar abierto a una visión, “abstracta y sexual, especulativa y sobreexcitada”. Este, dice el autor: “une las características de la cosa más desagradable y la cosa más preciosa, une en modo indisoluble la máxima irrelevancia y el máximo valor. Ambos, el excremento y el oro, los residuos y la quintaesencia, son conjuntos concretos y abstractos, sensibles y mentales, sexuales y filosóficos” (p. 39). Así es como aparece el emblema de la *filosofía sexualis*.

Georges Bataille es un pensador polémico, ya que excede y rompe los principios de las afirmaciones comunes, desterritorializa los conceptos sobre la culpa o el amor: sea la referida a Edipo al arrancarse los ojos, sea la de Van Gogh al cortarse la oreja. Con esto, Bataille nos remite al “hombre que arroja sus sentidos fuera de sí mismo”, nos lleva a pensar en la experiencia sensorial y emocional separada de la subjetividad humana, es decir, en una sexualidad insubordinada, independiente del placer, del deseo, de la belleza y de la vida.

En el segundo y más largo capítulo, titulado “Georges Bataille y lo negativo”, Perniola advierte sobre el escabroso camino que habrá de acercarnos al pensamiento del bibliotecario francés, pero generosamente nos lleva de la mano para tratar de comprenderlo. Aquí, sólo destacaré

3 conceptos clave de este apartado, para apuntar hacia algunas rutas de reflexión: lo negativo, el no-saber y la soberanía.

El primero, lo negativo, es muy relevante en la historia de la filosofía, ya que está mediado por la dialéctica hegeliana y ha sido estudiado con mucho interés en las universidades francesas de la época de Bataille. Grandes filósofos como Jean Hyppolite y Alexandre Kojève (maestro de Lacan y del propio Bataille) dedicaron varios cursos a analizar, criticar y exponer a Hegel. El concepto de lo negativo también está atravesado por el marxismo y es transformado por Bataille, pues según ocurre, hay una tendencia a la “homogeneidad positiva” tanto en el arte, en la poesía (particularmente las vanguardias del siglo XX), como en la política, idea con la que Bataille no comulga, e infiero por mi parte: es el eje sobre el cual gira el libro. Me explico: para Bataille toda la afirmación sobre lo revolucionario del arte y su superación no es más que travestir y traicionar la idea clara de que “toda la existencia está situada más allá de un sentido, es la presencia consciente del hombre en el mundo en tanto que él es no-sentido” (p. 50). En esta oposición, Bataille critica que todo se coloque “a la caza del triunfo de lo positivo sobre lo negativo: el bien sobre el mal, el espíritu sobre la materia, el autocontrol sobre el éxtasis, la propiedad sobre la pérdida” (p. 49).

¿Qué es lo negativo entonces? Si para Hegel la autoconciencia, la vida y las apetencias son los escalones que habrán de llevarnos a ser seres racionales y con ello acercarnos al desenvolvimiento propio de la historia, para Bataille lo negativo no tiene utilidad, y se manifiesta —dice Perniola— “en la causalidad del nacimiento y de la muerte, en la certeza de la propia finitud, en la inevitabilidad de la risa, en la experiencia del éxtasis, en la insuprimible realidad de los hechos particulares” (p. 51).

Bataille siempre rompió con las concepciones comunes, por ello el segundo concepto, el no-saber, no significa ignorancia, pues esta tendería a ser positiva a través del aprendizaje y el conocimiento que va adquiriéndose poco a poco. No. El no-saber radica en el más acá del individuo, es la experiencia de la ausencia de verdad, la experiencia interior, el errar sin fin, el abandono de la ambición de ser todo, el lugar del no-sentido, la aventura ilimitada, el exceso, la negación de la espiritualidad, la prodigalidad de los rituales, la pérdida y el andar a la deriva.

¿Inquietante? Quizá por esta concepción, el “positivo”, “respetado” y “gran” Jean Paul Sartre consideró a Bataille “un nuevo místico”, a quien se refiere como poseedor “de un cierto valor literario (cuyas páginas) atestiguan una indudable experiencia emotiva, pero revelan una penosa inconsistencia filosófica y representan en última instancia una aventura humana carente de cualquier ejemplaridad” (p. 93). Sin embargo, es preciso hacer la diferencia: para Bataille el misticismo no es más que la búsqueda de certezas, dogmas, homogeneidad y positividad; de ideas de perfección metafísica, ética y ontológica, pues propone alcanzar la salvación o la posesión de un bien superior a todo lo demás.

La crítica de Bataille a la “homogeneidad positiva” nos lleva al tercer concepto, el de soberanía, que no es entendida como la capacidad de los individuos que conforman una sociedad para darse independencia, como autoridad delegada a un poder político, como voluntad general del pueblo, o como explica Norberto Bobbio, aquello que “sirve para indicar el poder de mando en una sociedad política”. Para Bataille, la soberanía “nace de la experiencia del yo que muere”, no es intelectual, ni es un sujeto quien la ejerce; es más, el sujeto es todo lo contrario de la soberanía, ya que no es poder ni obsesión de dominio, “no tiene nada que ver con el poder de Dios, o los jefes militares o los políticos”, es la conciencia de la servidumbre, sabe que cada momento de la vida está ligado a otro y otros están vinculados con él. No es proyecto ni ideal ni compromiso. Es una especie de estado de gracia, el momento en que se funde la risa, la angustia y la muerte.

El último capítulo, titulado: “El iconoclasma erótico de Georges Bataille”, es un texto que formó parte de la edición italiana del libro *Las lágrimas de Eros*, último escrito de Bataille, cuya edición original, dice Perniola, estuvo acompañada de un gran número de imágenes meticulosamente elegidas por el autor. En este capítulo, se destaca el concepto de erotismo, y se hace referencia a su historia desde la prehistoria a la edad moderna. Dice Perniola que Bataille logró de modo ejemplar el recorrido hasta la edad media e hizo falta detallar la época del barroco, pero tuvo la valentía intelectual de desentrañar y dejar ver la relación del erotismo con el horror y la muerte, la angustia y el deseo, el terror de la transgresión, la confusión entre la vida y la muerte, porque “sólo en el erotismo entra un mundo extremadamente diferente en el

cual los objetos son al mismo tiempo plano del sujeto, en donde forman con el sujeto una totalidad soberana que ninguna atracción repara. [...] Las determinaciones del sujeto y objeto pierden su razón de ser; se fundan en la común pasión de perderse sin límites y reservas” (p. 166).

Resta decir que el libro *Filosofía sexualis. Escritos sobre Georges Bataille* realiza un recorrido por el pensamiento del autor de *La experiencia interior* y *La parte maldita*, nos acerca de modo edificante a sus conceptos esenciales, útiles para quien pretende profundizar en la obra, pero también nos presenta la visión de sus detractores, sin lo cual no habría crítica y hasta menciona el uso maniqueo, perverso y trivial que se ha dado a sus aportaciones. De este modo, deseo destacar que el libro nos regala la entrañable lectura que Blanchot hace de Bataille desde su amistad y su calidad intelectual, cuyas expresiones no sólo dan luz para comprenderlo, sino hace un llamado para observar los mecanismos, los instrumentos y las cualidades que utiliza un pensador, y advierte, a quienes nos dedicamos al oficio de pensar, que existen muchos y variados modos de eso que nosotros llamamos filosofar: pensar más allá de lo dicho y aprendido, por afuera de las instituciones, paseando entre los límites de las diferentes áreas del saber, al “hospedar lo inexistente, lo imposible y lo incomunicable” (p. 101), con el suficiente coraje para no buscar el final feliz ni la resolución, y mucho menos instaurar el fascismo torpe y acabado de la homogeneidad positiva.